

Aportación e influencia de algunos científicos alemanes en la antropología de México (siglos XIX y XX)

Mechthild Rutsch

Introducción

El ensayo que sigue se ocupa de la labor de algunos científicos extranjeros de origen alemán en México, específicamente de su contribución al imaginario del pasado prehispánico, la difusión de éste en el mundo y la profesionalización de la antropología moderna y postcolonial de México. Los casos escogidos aquí ilustran tanto el coleccionismo de antigüedades, más bien individual y con fines lucrativos, como los intentos y logros por incidir en la institucionalización, la enseñanza y los paradigmas prevalecientes en la antropología del país.

Diríamos que la condición del científico extranjero en un país, sobre todo si se trata de una estancia prolongada o definitiva, se asemeja a la del antropólogo cuyo oficio, al decir de Hans-Peter Duerr (1985), es o debería ser el de estar o el de caminar entre dos mundos. Con suerte, la experiencia del antropólogo lo llevará a re-conocerse a sí mismo y convertirse en un traductor de culturas y conocimientos, esto es, en alguien que deja huella en una u otra tradición académica. Sin embargo, muchas historias académicas, políticas y personales de antropólogos extranjeros en México, sobre todo durante los últimos años del siglo XIX y primeros del XX, nos enseñan que fueron hijos de un *Zeitgeist*, un contexto social y académico de origen que no siempre facilitó la tarea de desenvolverse en un medio ajeno; algunas veces, éste resultó bien distinto de lo que se habían imaginado como una “vida nueva”.

Hasta donde sabemos, entre los inmigrantes a México durante el periodo posindependentista y hasta principios del siglo XX había sólo un

pequeño porcentaje de científicos.¹ Entre éstos hubo una gama extensa de motivaciones y actividades para trasladarse a México. Por curiosidad científica o afán de coleccionista, algunos realizaron un solo viaje de exploración sin volver después al país; otros fueron contratados por el gobierno mexicano para realizar tareas específicas. Algunos apostaron a una carrera académica más exitosa en México y a extender la influencia de sus teorías y obras; otros más huían de una cultura política represiva en sus países de origen, motivados por un imaginario que dibujaba al continente americano y a México como “nuevos”, es decir, lugares de mayores libertades y frescura cultural y política. También hubo quienes fundaron instituciones en el país y otros que comprometieron gran parte de su vida y carrera académica en México. Desde luego, tales motivos podían combinarse para llevar a muchos hombres y unas cuantas mujeres a las costas mexicanas a fin de vivir en otra cultura y su contexto de hombres e instituciones científicas. La atracción que ejercía el estudio de las “altas” y antiguas culturas de México, esto es, la maya y la mexica, fue para muchos no sólo un afán académico sino que también se convirtió en obsesiva búsqueda del pasado y los orígenes de estas culturas. El siglo XIX, conocido como el siglo de la búsqueda de los orígenes, tuvo así sus diversas expresiones en la antropología de la época que resuena hasta el día de hoy, por ejemplo en las investigaciones relativas a los “genomas” humanos, el genoma mexicano y otros proyectos científicos (Saade 2009; López-Beltrán/Vergara-Silva s. f.).

En la primera parte de este ensayo resumiré algunos casos de científicos y residentes extranjeros en México desde principios del XIX hasta sus postrimerías; en seguida, en la segunda parte, se revisará el caso de los científicos extranjeros específicamente ocupados en la profesionalización y la enseñanza de la antropología en México y la fundación de sus primeras instituciones. A la luz de una escueta comparación, me propongo resaltar, en un tercer apartado, algunas diferencias entre este periodo y el de entre guerras a propósito del caso de Paul Kirchhoff, quien llegó al país en una época algo posterior, durante el decenio de 1930.

1 Así, entre los años de 1890 y 1910, los extranjeros apenas representaban el 0,43 y el 4,7% de la población total del país. La mayoría de los ciudadanos de nacionalidad francesa se dedicaba a actividades tales como el comercio, los bancos y otros oficios como la fabricación de textiles y papel. Esta migración fue fundamentalmente (88%) masculina y de temprana edad (entre los 16 y 20 años) (Salazar Anaya 2006: 233 s.).

Desde la independencia hasta finales del Porfiriato: Waldeck, Maler y Reiche

La Guerra de Independencia puso fin al desarrollo científico ilustrado de historia natural, a las expediciones arqueológicas llevadas a cabo por cuenta de la Corona Española y a la vida del primer Museo Naturalista, fundado por el hispano José Longinos Martínez en agosto de 1790 en México capital.²

El historiador de la ciencia Elías Trabulse (1985: 28) escribe que durante las décadas posteriores a la independencia el panorama científico se ensombreció a tal punto que “en pocos años se había pasado del adelanto y del optimismo científico” a “la raquítica labor de investigación” y la “ausencia de ediciones de obras de ciencia de cierto valor”. No obstante, durante los años inmediatamente posteriores al establecimiento de México como nación independiente surgen las primeras leyes y decretos para formar un “Museo Nacional”. Ya en 1822 se establece en la universidad un Conservatorio de Antigüedades con un gabinete de historia natural y en 1831 se confiere legalidad a la institución mediante el decreto de su creación.³

Para entonces había salido su primera publicación que data de 1827, bajo el título de *Colección de las Antigüedades Mexicanas que existen en el Museo Nacional*, ilustrada con litografías de Frédéric Waldeck y Pedro Robert. Es sobre todo a causa de esta publicación que a Johann Frédéric Maximilianus Waldeck (1766?-1875) —quien fuera presumiblemente natural de una región de Hesse, Alemania (Díaz Perera 2008: 119) y después naturalizado francés— se lo conoció en la historia de la antropología de México. Su prolongada estancia en México de once años (1825-1836), sus litografías y planos de las ruinas de Palenque le han valido mención entre los primeros mayistas. Sin embargo, los juicios sobre él son, en general, desfavorables, debido a sus exageraciones, inexactitudes y mentiras (Brunhouse 1989). Entre muchos otros detalles, Waldeck fue criticado por su teoría del origen de la cultura palencana que ubicó entre “los caldeos, los fenicios y especialmente los ‘hindúes’” (Coe 1995: 91). A pesar del apoyo

2 Según Lozoya (1984: 166), las autoridades virreinales, a la muerte de Longinos en 1802, “decidieron trasladar todos los materiales del Gabinete de Historia que había fundado Longinos en México al Real Colegio de San Ildefonso, donde quedaron acomodados en una sala para beneficio público”.

3 Archivo Histórico del Museo Nacional de Antropología (AHMNA), México, v.83, s. 2799, ff. 3-13.

que recibió de eruditos mexicanos como Isidro Gondra, director del Museo de esos tiempos y el historiador y político Lucas Alamán (1792 -1853), interesados en conservar las antigüedades de su país, en realidad Waldeck escasamente compartía esta pasión. Más bien puede considerársele un coleccionista con un interés individual, egoísta y sobre todo económico. Acerca de su relación con Lord Kingsborough, quien durante un tiempo fue su mecenas, Teobert Maler anotó en su diario lo que sigue:

Waldeck visitó Palenque por encargo de Lord Kingsborough. Obtuvo un permiso de Sta. Ana para la exploración de las ruinas a condición de que todas las antigüedades que encontrase, la mitad fuera propiedad de él (i.e. de Kingsborough) y la otra mitad se entregara al Museo mejicano. Tomando camino por Tabasco, en 1834 Waldeck arribó a las ruinas. Estuvo acompañado por una gran masa de personas (aparentemente cerca de 60), todos buscadores de tesoros, y esperaban que Waldeck inmediatamente comenzara con las excavaciones. Pero en vez de ello Waldeck, "hombre muy vivo", sacó su portafolio de dibujos y comenzó a dibujar. Enseguida la masa se dispersó y Waldeck se quedó solo con sus sirvientes. Tal parece que Waldeck tuvo un conflicto con Kingsborough, al que seguramente no envió ni antigüedades, ni dibujos. Kingsborough obtuvo del ministro inglés en México la orden de que Waldeck se debía presentar en la capital para rendir cuentas de su misión, incluso, parece ser que la intención fue encarcelarlo. Pero el secretario del ministro inglés era amigo de Waldeck y en secreto le hizo saber lo que le esperaba. En consecuencia, Waldeck se retiró súbitamente de Palenque (1 de julio 1835) después de haber vivido año y medio en las ruinas.⁴

No obstante su carácter aventurero, Waldeck es un personaje fascinante, no sólo por su biografía y longevidad (alcanzó cerca de los 110 años de vida, según decía, gracias a su dieta primaveral de rábanos con limón). Sobre todo lo es, me parece, por su gran calidad de artista neoclásico y porque la influencia de sus litografías de Palenque, la ciudad en ruinas en medio de la selva chiapaneca, participó en un discurso novedoso que con intención circense alcanzaba al imaginario del gran público europeo, no sólo el de los eruditos.⁵

⁴ Diario de Teobert Maler; traducción de la autora.

⁵ Díaz Perera, quien estudió los diarios de Waldeck, nos dice que: "El viajar lo indujo a intereses similares a William Bullock o Giovanni Battista Belzoni, escrutando objetos, atesorando documentos, proyectando expediciones, excavando en los sitios, anhelando obtener moldes de yeso para montar una empresa de espectáculos ambulante por las ciudades del Viejo Continente; así más que perseguir acercamientos y aprobación por las asociaciones de alta cultura, apeló a la exhibición como estrategia de validación del discurso y al convencimiento del público para influir en la modificación de consensos sobre el pasado americano" (Díaz Perera 2008: 108). Por otra parte, Aguilar Ochoa (2000) deja en claro que su obra litográfica tuvo poco efecto en México.

Pese a ello, por otra parte, su juicio de los mexicanos es representativo de muchos viajeros y coleccionistas que llegaron al país en esa época. Expresa un gran desprecio y una autoadjudicada superioridad. En su opinión, los mexicanos son “seres degenerados, primitivos”, al estilo de las teorías del erotismo hidráulico, reseñados en la obra magistral de Antonello Gerbi (1993), ya que “[s]i las antigüedades tuvieron valor para él, fue como evidencia de la influencia maliciosa de la naturaleza tropical” (Díaz Perera 2008: 117). De este modo, Waldeck representa un discurso determinista que durante el resto del siglo XIX y hasta el día de hoy subyace al racismo y a los poderes coloniales y neocoloniales. Como advierte Díaz Perera (2008: 17): “La Historia, en este sentido, sirvió para renovar [...] las diferencias entre las naciones, las razas y los grupos humanos dividiéndolas en inferiores-superiores o en estancadas-desarrolladas”.

Si durante la primera parte del siglo XIX Waldeck contribuyó a la difusión de la existencia de las antigüedades mexicanas al gran público europeo, durante la segunda mitad del siglo XIX, y sobre todo durante el Porfiriato (gobierno de Porfirio Díaz, 1876-1911), las condiciones políticas del país resultaron propicias para el inicio de la profesionalización de los estudios ocupados en las antiguas culturas. Tenemos así que se renovó el Museo Nacional, se inauguró su Galería de Monolitos, se ampliaron en gran medida las colecciones arqueológicas, etnológicas y naturalistas, se comenzó una importante labor de publicaciones periódicas y de enseñanza en varias materias de antropología, además de que el Museo hospedó varias sesiones de los Congresos Internacionales de Americanistas.

En estos tiempos el discurso visual sobre ruinas, antigüedades, tipos físicos,⁶ etnias y folclor mexicanos, entre otros tópicos, fue influido por las primeras técnicas de la fotografía. En este campo destaca el conocido arquitecto alemán, naturalizado austriaco, Teobert Maler (1842-1917). Maler se había enlistado en el ejército imperial mexicano donde llegó a ser capitán (Leysinger 2006 y 2008; Edison 1999: cap. IX) y participó en muchas batallas del Segundo Imperio (1864-1867). A la muerte de Maximiliano de Habsburgo se ocultó durante un tiempo, pero permaneció en

6 Según Leysinger (2008) las fotografías tipo *cartes-de-visites* fueron muy populares, debido entre otras cosas a su bajo costo. En cuanto a las fotografías de tipos mexicanos: “It was either François Aubert –the French photographer who went to Mexico in 1864, became Maximilian’s court photographer, and even took the last images of the Habsburg archduke– who started photographing and selling Mexican types” (Leysinger 2008: 157-158).

el país. A su excelente e infatigable actividad fotográfica debemos magníficos retratos de indígenas y de burgueses de la época, además de planos e imágenes de los edificios mayas en Yucatán y Palenque. Maler también nos legó escritos interesantes de sus viajes y sus juicios de los sucesos del país, entre ellos *Sobre el Estado de Chiapas* que data de 1885 (Maler 2006).⁷ Al contrario de Waldeck, Maler vivió en México hasta su muerte y financiaba gran parte de sus labores con su fortuna personal.

Maler fue un personaje conocido en el mundo antropológico y, a diferencia de Waldeck, respetado por sus colegas mayistas contemporáneos. Por ejemplo, proporcionó información sobre Yucatán y sitios mayas al reconocido americanista alemán Eduard Seler y sostuvo correspondencia con él, enviándole fotografías de diversas piezas y sitios arqueológicos. En 1901, Maler le manda un paquete de 44 placas y copias de fotografías de la región del Usumatzintla que le ofrece para compra por 114 marcos alemanes. En esa ocasión agrega:

Lamentablemente el gobierno mexicano, prestando oídos a las maliciosas agitaciones de los yucatecos españoles, ha declarado la guerra contra los mayas libres. Esto durante muchos años hará imposible los viajes de exploración en el sur de la península, donde se renovó un antiguo odio! [...] Por lo demás, mis expediciones son sumamente laboriosas, muy caras y tampoco carecen de peligros. ¡Tal vez sea por estas razones que nadie compite conmigo!⁸

Como muestra su libreta de notas, conservada en el acervo del Instituto Ibero-Americano, también tuvo contacto con los curadores del Museo Nacional de esa época, pues aparecen los nombres de Jesús Galindo y Villa, entonces profesor de arqueología, Isabel Ramírez Castañeda, estudiante de arqueología en el Museo, además de otros personajes. Maler participó en los Congresos Internacionales de Americanistas, como el celebrado en Londres en mayo de 1912, donde expuso sus fotografías. Lejos de las opiniones vertidas por Waldeck sobre los mexicanos, Maler nos legó un discurso visual que es analizado por Claudine Leysinger:

Maler in particular produced a visual discourse that represented a southern Mexico full of exciting archaeological remains and neatly dressed Indians who embrace modernity by having their likeness portrayed without reflecting insecurity, inferiority, or wretchedness (Leysinger 2008: 144).

7 Véase también Maler (1883).

8 Maler a Seler, 12/06/1901, SBB/PK, HA Slg. Darmst./Zi.1890 (14).

[t]hus [Maler's portraits of indigenous women] challenge some of the findings of postcolonial studies on photographic practices in colonial or formerly colonized spaces, as his subjects assume a more active and less subdued role (Leysinger 2008: 150).

Sus fotografías fueron bienvenidas tanto por los eruditos de su tiempo como por el público y el gobierno que para entonces trataba de convencer al mundo occidental de su progreso económico, social y científico. Con todo, Teobert Maler siguió siendo un *Einzelgänger*, celoso de su trabajo y con una aportación mayúscula al conocimiento de las culturas y la gente del sur del país; pero su trabajo fue, no obstante ello, esencialmente una labor individual, sin un contexto académico institucional permanente. En este sentido, Maler puede considerarse un científico de transición entre los coleccionistas de periodos anteriores como Waldeck y aquellos específicamente contratados en el contexto de y para la profesionalización de las ciencias naturales y la antropología del país.

Para 1910, en ocasión de la celebración del primer centenario de la independencia política, el gobierno inauguró la universidad y su Escuela Nacional de Altos Estudios (ENAE), la que “impactaría radicalmente a la enseñanza de diversas disciplinas” (Ocampo Carapia 2001: 184). La Escuela Nacional de Altos Estudios debía impartir enseñanza del más alto nivel y para ello se contrató a tres extranjeros: Franz Boas en cátedras de antropología, James M. Baldwin para sociología y Carlos Reiche (1860-1929), botánico alemán, quien había trabajado durante un largo periodo en Chile, desde 1890 hasta 1910.⁹ Al parecer, cuando Reiche dejó su carrera productiva en Chile y aceptó la oferta del gobierno de México, su intención fue “liderar” los estudios botánicos en México. Para entonces en el Museo Nacional, los estudios naturalistas en general y los botánicos en particular, estaban en vías de ser desplazados por la arqueología, además de experimentar un cambio generacional. En México, las teorías de Darwin habían tenido todavía escasos efectos y Karl Friedrich Reiche fue quien impartiría las primeras cátedras sobre teoría evolutiva orgánica en general y aplicada a la botánica. Aunque sus clases no tuvieron el éxito esperado por el gobierno, de la promoción de teorías evolutivas deriva parte

9 En Chile, Reiche hizo una carrera productiva: llegó a ser jefe de la sección botánica en el Museo Nacional y fue docente del Instituto Agrícola de Chile. Además publicó cinco tomos sobre la flora de Chile, cuarenta folletos, “tratados y artículos sobre botánica pura y aplicada” (Ocampo Carapia 2001: 187). Algunas de sus obras son consideradas de interés permanente y reeditadas hoy día, véase por ejemplo, Reiche (2010).

de su importancia, además de que instaló un laboratorio de botánica en la ENAE y fue jefe de la sección de sistemática y geografía botánica del Instituto Médico Nacional. Más aún, Boas y Reiche tomaron la iniciativa de dirigir un oficio al Consejo Universitario en el que proponían que éste y el gobierno de México adoptaran lineamientos educativos análogos a los de las reformas de la Prusia de Wilhelm von Humboldt y von Stein (Rutsch 2007: 292-293); sobre todo, sugerían que se fomentara la capacitación de los maestros a nivel elemental y de secundaria. En particular, Reiche insistía en que sus alumnos deberían ser jóvenes a quienes esperaba un empleo digno, una vez concluidos sus cursos con éxito.

Las penurias económicas de los tiempos revolucionarios y la devaluación del peso mexicano en 1914 no impidieron que Reiche lograra renovaciones sucesivas de su contrato que al principio se había firmado por un solo año.¹⁰ Su primer curso de botánica fue impartido a partir del 3 de julio de 1911 y hasta 1919 estuvo activo en el sistema universitario “ofreciendo cursos tales como evolución, evolución orgánica y biología general”. Según Jorge Ocampo Carapia, quien estudió la incipiente biología mexicana de esta época, “no cabe la menor duda de que Reiche se transformó en uno de los pilares centrales de la preparación académica y científica de la botánica mexicana del siglo xx” (Ocampo Carapia 2001: 218).¹¹

La influencia de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas

Sin duda, la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas debió su origen a iniciativas de científicos extranjeros (Franz Boas, apo-

10 De los tres extranjeros contratados para la inauguración de la Escuela Nacional de Altos Estudios, debe decirse que Reiche logró los honorarios más altos, ya que cobraba \$ 6000 mientras a Franz Boas se le pagaban \$ 4000 y a Eduard Seler, con todo y gastos de viajes de exploración, \$ 4650 (Ocampo Carapia 2001: 184).

11 En el prefacio de su obra publicada por vez primera en 1913 y reeditada en 1927, Reiche escribe: “La nacionalización de los textos para la enseñanza de la biología es una necesidad urgente; el uso, corriente entre nosotros, de libros [...] que tratan de seres franceses o ingleses, quita a los alumnos mexicanos el encanto íntimo que el estudio de los productos patrios puede y debe proporcionarles. Por lo tanto, yo, llamado por el Gobierno de la República a servir la cátedra universitaria de Botánica, creí de mi deber subsanar aquella situación anómala, tan pronto que mis propios estudios me permitieran tomar a mi cargo tan complicado trabajo” (Reiche 1927: IX).

yado por Eduard Seler) y su establecimiento tuvo también su dimensión geopolítica. Recordemos que en estos tiempos los museos occidentales (y sus curadores) se empeñaban en encontrar y apropiarse de colecciones y piezas para exhibiciones y estudio en países europeos o en Estados Unidos. Como sucedió en México, en estos negocios participaban también ministros de los gobiernos respectivos y otros personajes de alto nivel. Al respecto, baste recordar el tristemente célebre caso del cenote de Chichén Itzá, hurtado por el cónsul estadounidense en Yucatán Edward Thompson, y cuyas joyas fueron pasadas en secreto por la frontera mexico-estadounidense, cocidas en el abrigo del mayista Alfred Marston Tozzer, a la postre el último director de la Escuela Internacional (Leysinger 2007).¹²

En este contexto cabe hacer notar que las diversas iniciativas para el restablecimiento de la Escuela Internacional después de los movimientos revolucionarios fracasaron debido a que dos alumnos de Boas resultaron espías, pero también porque hubo fricciones entre las facciones de científicos mexicanos, concretamente entre lo que entonces era la Dirección de Antropología a cargo de Manuel Gamio y el director, así como el personal, del Museo Nacional.

Durante los años que van de 1906 a 1910 las negociaciones para el establecimiento de la Escuela Internacional, que se inauguró en enero de 1911, fueron finalmente apoyadas por el gobierno porfirista como una bienvenida oportunidad de legitimación, además de dar a conocer al mundo su rico pasado y elevar el nivel de su estudio. La Secretaría de Instrucción Pública, en las personas de Justo Sierra y Ezequiel A. Chávez, su subsecretario, defendía el proyecto ante la Secretaría de Hacienda y la oposición del Inspector y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República, Leopoldo Batres (1852-1926).

Walter Lehmann, alumno preferido de Seler, en su viaje por México y América Central (1907-1909) conoció bien a Batres. En correspondencia con Seler, Lehmann argumentaba que se debía convencer a Batres de que la escuela no sería un estorbo o una amenaza para el patrimonio nacional. Boas estaba de acuerdo y añadía a este argumento la necesidad de insistir ante Batres en que la Escuela no sólo se iba a dedicar a la arqueología sino

12 Susan Stewart vio este coleccionismo como nostalgia burguesa de un pasado perdido, pero recientemente y en relación a la II Guerra Mundial y las guerras de Iraq y Afganistán, David Price (2009) mostró que la antropología y algunas de sus más prestigiadas instituciones no son inmunes a los intereses militares, de espionaje y la persistencia de una violencia cínica y racista.

también a investigaciones en lingüística y etnología. Y, finalmente, la resistencia de Batres fue vencida mediante el otorgamiento de la orden de tercera clase del Águila Roja del Reich alemán, distinción que fue gestionada por el consejero imperial Eduard Seler.¹³

Seler, primer director de la Escuela, fue persona conocida en el medio intelectual de México desde su primer viaje, emprendido con su esposa Caecilie, en 1887. Desde hacía tiempo, Seler era amigo personal de Franz Boas, entonces decano de la Antropología norteamericana. A Boas le preocupaba extender su influencia hacia el sur y profesionalizar en particular los estudios arqueológicos que estaban, a juicio suyo, en su infancia, y no creía que los arqueólogos de la costa oeste, esto es, Hewett y su escuela, ni tampoco su colega de la Universidad de Columbia, Marshall Saville, fueran adecuados para este propósito. Cabe decir que México solventó gran parte de los contratos y partidas presupuestales para el funcionamiento de la Escuela hasta el año de 1914. La Escuela además fue financiada por distintos gobiernos europeos y universidades estadounidenses.

La aportación más importante de la Escuela Internacional fue haber establecido una primera sucesión cultural en la cuenca de México, clasificación basada en las primeras estratigrafías arqueológicas del continente americano. Este logro se debió sobre todo al empeño de Franz Boas como segundo director de la Escuela Internacional (1911-1912). Preocupado por la profesionalización de la arqueología, Boas estaba convencido de que la estratigrafía y las tipologías más precisas serían las herramientas fundamentales para establecer secuencias culturales, que a su vez podían favorecer la determinación de áreas culturales.

Para entonces la estratigrafía se conocía en Europa desde hacía un siglo como técnica de la geología y paleontología. En realidad, en México y desde la segunda mitad del siglo XIX, la estratigrafía también fue usada y enseñada en la Escuela de Ingenieros como técnica geológica de fechamiento relativo (Bárcena 1885; Azuela 2005). Además, la presencia del ser humano en el continente americano y en México durante el Cuaternario¹⁴ parecía comprobada y estos indicios habían sido confirmados por hallazgos

13 Archivo Histórico del Ethnologisches Museum zu Berlin, Preußischer Kulturbesitz, Berlín, Acta Seler, Pars I, B26, E. 2491/09; véase Díaz de Arce (2001 y 2003).

14 El Cuaternario es la última de las eras geológicas, también llamado Neozoico. Se desarrolla entre la actualidad como límite superior y el comienzo de las glaciaciones como el inferior. El Cuaternario se divide en dos periodos: Pleistoceno y Holoceno.

similares en América del Sur analizados por P. W. Lund, Paul Rivet y otros, pero sin que se pudieran determinar fechamientos confiables.¹⁵

Al contrario de los desarrollos europeos, en el contexto de la antropología boasiana la arqueología del continente se concebía como parte de la antropología junto a la etnología y la antropología física, cosa que –según Willey y Sabloff– determinó que en aquel entonces la arqueología seguía siendo el “niño pobre” de las ciencias antropológicas. Las primordiales tareas de la arqueología americana en aquel momento eran: primero, establecer cronologías y secuencias culturales confiables; segundo, y con base en ellas, contestar preguntas más generales sobre áreas, influencias y migraciones culturales; y tercero, su propagación y difusión en tiempo y espacio. Con excepción del trabajo de Max Uhle sobre Pachacamac en Perú, publicado en 1903 en Pensilvania, no se había intentado establecer una secuencia cronológica para un área determinada. Para Willey y Sabloff (1974: 78), Uhle “aparece en la cabeza de la lista de arqueólogos renombrados del periodo clasificatorio descriptivo”. Es muy posible que para Seler, al igual que para Boas quien debió haber estado enterado de esta obra, el trabajo de Uhle fue inspirador. Además, Seler conocía al parecer a Uhle desde los tiempos en los que fue curador en el Museo de Dresde, además de su viaje a Perú y Bolivia en 1910.¹⁶

Quedaba claro pues que, en arqueología, el propósito de los trabajos de la Escuela Internacional debía ser establecer científicamente secuencias culturales y, una vez logrado esto, tratar de responder preguntas más amplias, como aquellas que habían guiado la expedición Jesup, es decir, la cuestión de la difusión cultural por regiones y también la antigüedad del ser humano en el continente.

Boas encargó a Manuel Gamio la excavación que lo hiciera famoso en los textos de historia de la arqueología americana y mexicana. Su misión fue excavar un pozo estratigráfico en un sitio ya notado por el anticuario Guillermo Niven y Eduard Seler, en Azcapotzalco, San Miguel Amantla, que había servido de ladrillera. Eduard Seler no tuvo condiciones políticas para realizar su plan y excavar en Guerrero y restringió su trabajo a la

15 Esto pudo establecerse hasta 1926 “cuando J. D. Piggins descubrió proyectiles de punta labradas de piedra y restos de bisonte extinguido en un contexto geológico provenientes sin duda del Pleistoceno superior en Folsom, Nuevo México” (Willey/Sabloff 1974: 126).

16 La calidad del trabajo de Uhle puede verse en su ensayo de 1907, reproducido en Lyman (1997).

colección en superficie y el análisis de pintura mural en Palenque y en los alrededores de la Ciudad de México. En cambio, Gamio encontró ahora tres tipos de cultura superpuestos, esto es, el azteca o tipo del valle (más reciente), el tipo de Teotihuacan¹⁷ y el tipo “de los cerros” o más antiguo, llamado así “por haber sido encontrado también en los declives inferiores de varias eminencias naturales del Valle de México” (Gamio 1912: 184).¹⁸

El rescate de objetos del mismo tipo en los niveles más bajos de las estructuras de Teotihuacan y la identificación e interpretación de los estratos geológicos fueron exitosos gracias a la colaboración del geólogo Jorge Engerrand (1877-1961), conocedor del terreno. Los análisis futuros debían disipar toda duda en relación con la secuencia cultural establecida (Boas 1912: 176; Mason 1943).

Engerrand, de origen francés y naturalizado mexicano, dejó su patria a causa de sus convicciones anarquistas y el *affair* Dreyfus. Fue alumno de Elisée Reclus y tenía altas esperanzas, como escribió a Boas, de “vivir de una vida nueva” en México, sueño que no se cumplió. En tiempos posrevolucionarios Engerrand emigró a Estados Unidos, donde trabajó fundamentalmente como docente en la University of Austin, Texas. No obstante, en 1912 estuvo ansioso no sólo por dirigir la Escuela Internacional, sino que también aspiraba al puesto de Inspector de Monumentos. Las preguntas que más inquietaban a Engerrand fueron formuladas por él mismo:

¿De dónde han venido los americanos, ya sean Iroqués, Chontales ó Araucanos? ¿Cómo se han formado esas naciones tan diversas del inmenso continente? ¿De dónde llegaron los antiguos Charrúas del Uruguay y los príncipes Incas casi blancos? ¿Tenía el hombre americano un tipo físico común? ¿Son sus variaciones debidas solamente á las influencias de los diversos medios y de las selecciones? ¿Si es único el tipo americano, se ha formado en la misma América ó ha venido de Asia ó en parte de Europa ó de Polinesia? (Engerrand/Urbina 1908-1909: 114-115).

Como se ve, sus preocupaciones teóricas generales eran afines a los proyectos que Boas tenía en mente para la Escuela y el geólogo Engerrand,

17 Los cálculos de densidad realizados por Gamio mostraban que éste fue el de más larga duración y denominado así “por la semejanza, que en muchas ocasiones llega á ser identidad, existente entre éste último y el de San Juan Teotihuacan” (Gamio 1912: 181).

18 Mason (1943: 62) nota que Boas con su precaución habitual aplicó nombres geográficos más que de culturas determinadas a los tipos clasificados, lo que a la postre resultó mucho más claro que los intentos de otros por asociar el tipo teotihuacano a la cultura tolteca.

entonces empleado del Instituto de Geología y dedicado a estudios de paleontología, estaba ansioso por mostrar su capacidad y resultados más concretos. Para que Engerrand fuera nombrado por parte de México como tercer director de la Escuela, Boas tuvo que hacer gestiones insistentes ante diversas autoridades mexicanas. Finalmente nombrado director de la Escuela Internacional, Engerrand tuvo muchos problemas con los alumnos, sobre todo con Gamio, de cuyas constantes intrigas en su contra se quejaba con Boas. Estas intrigas se referían a dos cuestiones: una era que Engerrand, según sus estimaciones, aunque se había nacionalizado mexicano, seguía siendo extranjero; y la otra razón fue que Gamio menospreciaba su trabajo en razón de que no era arqueólogo sino geólogo.

Las excavaciones que Engerrand encabezó en 1913 no lograron confirmar del todo la sucesión cultural en cuanto a la difusión de secuencias estratigráficas en toda la cuenca de México, a causa de la constante inundación de los pozos y la falta de presupuesto oportuno. No obstante, el tipo “de los cerros”, la cultura hoy llamada “arcaica” o “preclásica” quedó establecida desde entonces. A esto se debe el juicio de Ignacio Bernal, quien escribió que el trabajo científico en la arqueología de México comenzó con la Escuela Internacional y sus excavaciones (Bernal 1979).

Si esta fue la aportación más importante de la Escuela Internacional a la profesionalización de la arqueología en México, había otros proyectos con resultados de mucha menor trascendencia. Me refiero al proyecto de estudio de las ruinas de Palenque llevado a cabo por Eduard Seler en el año de 1911. Seler y sus alumnos mexicanos, Porfirio Aguirre e Isabel Ramírez Castañeda, no se dedicaron a estudios estratigráficos, sino que se enfocaron en la construcción y los planos de los distintos edificios, los midieron, los fotografiaron y los dibujaron. También se concentraron en el estudio de unas pinturas murales del subterráneo, por lo que terminaron en conflicto con Batres.

Por otra parte, los resultados de los estudios lingüísticos que promovió Boas en la Escuela Internacional fueron todos publicados en el extranjero y en México tuvieron poca trascendencia. Para Boas, el folclor y la lengua estaban íntimamente ligados. La única alumna mexicana que trabajó en el sentido de Boas fue Isabel Ramírez Castañeda. Sus trabajos sobre el folclor de Milpa Alta son citados hasta hoy día. Ella, como primera mujer que estudió arqueología en México, tuvo sin embargo un final poco feliz en el Museo Nacional.

En resumen, los aportes de la Escuela Internacional a la antropología de México fueron sobre todo la inauguración de una arqueología científica y la experiencia de un tipo de enseñanza antropológica de nivel internacional que hacía énfasis en el trabajo de campo. Durante las próximas dos décadas la enseñanza antropológica sobrevivió, pero sin reglamentos ni formalización precisos. De manera más sistemática y como escuela especial se pudo retomar solo dos décadas más tarde, pero ya no bajo iniciativa y carácter internacional sino mexicano.

Inicios de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y Paul Kirchhoff (1900-1972), el instigador

Hacia fines de 1938 y en papel membretado del Instituto Politécnico Nacional, Paul Kirchhoff dirigió una carta a Franz Boas en la que le informaba del establecimiento de una escuela para la enseñanza en *Völkerkunde* y antropología física, que él y el Dr. Rubín de la Borbolla habían inaugurado a principios de ese año. “Los principios son modestos, 9 alumnos y tres profesores” y agregaba:

Hace tiempo, antes de mi viaje a Venezuela y Colombia, usted me habló de la necesidad de encontrar en los mismos países latinoamericanos los estudiantes que más tarde deben asumir el peso entero de las investigaciones etnológicas y antropológicas en México, América Central y América del Sur. Yo creo que ahora estamos en camino de realizar una pequeña parte de este programa.¹⁹

A principios de la década de 1930, Boas vio en el etnohistoriador Paul Kirchhoff “el antropólogo más prometedor de la joven generación alemana”. Y tenía razón, pues Kirchhoff –considerado como “el instigador” por colegas mexicanos como Carlos García Mora– aglutinó, bajo un programa de análisis de la difusión de las culturas y el establecimiento de áreas culturales, el concepto de Mesoamérica. Éste, escribe Kirchhoff,

[...] fue un intento de señalar lo que tenían en común los pueblos y las culturas de una determinada parte del Continente Americano, y lo que los separaba de los demás. Para lograr este propósito me impuse la limitación de enumerar sólo aquellos rasgos culturales que eran propiedad exclusiva de esos

19 American Philosophical Society, Philadelphia, Boas Papers, Kirchhoff a Boas, 27/09/1938

pueblos, sin intentar hacer una caracterización de la totalidad de su vida cultural (Kirchhoff 2000: s. p.).

Con base en una lista de rasgos culturales, como afirmaba el mismo Kirchhoff, de ninguna manera acabada o estática, la arqueología de México acogió el concepto con entusiasmo, ya que le confirió unidad de análisis y se convirtió en un punto de referencia obligada. Como decía un colega arqueólogo: “En México, o eres mesoamericanista o no eres nada”.²⁰ Esto no sólo sucedió en arqueología, sino también en otras disciplinas antropológicas como la etnología y la lingüística. Hasta fecha muy reciente se dejaban oír voces en todas las disciplinas a quienes el concepto de Mesoamérica parecía poco explicativo, por decirlo amablemente (Rodríguez García 2000; López Aguilar 2000), además de que cayeron en cuenta que era un concepto de raíz difusionista (Vázquez León 2000).

Mesoamérica vino bien a la ideología de un Estado contemporáneo autoritario que se esforzaba por justificar el centrismo y en su imaginario dibujaba una línea directa desde el México antiguo hasta el presente, en aras de un nacionalismo conservador. No pasó así con otras teorías difusionistas de Kirchhoff, por ejemplo su teoría de la difusión cultural desde Asia (China y la India) de los calendarios mexica y maya y otros inventos culturales.

Pero el etnohistoriador Paul Kirchhoff, quien junto con su primera esposa Johanna Faulhaber, había sido miembro del partido comunista y por las leyes del Tercer Reich perdió su nacionalidad alemana en 1939,²¹ hizo mella en la antropología de México. Fundó la Sociedad Mexicana de Antropología, cuyos congresos sobreviven hasta hoy día. Hasta su muerte fue docente en la escuela que él cofundara (después Escuela Nacional de Antropología e Historia – ENAH) y formó toda una generación de estudiantes cuyo testimonio y productividad son reconocidos (entre otros, Pedro Armillas, Yolotl González y Linda Manzanilla). También tomó iniciativas de investigación como el proyecto conocido en México como “Puebla-Tlaxcala”, en particular financiado por Alemania, en cuyo curso se formaron geógrafos como el austriaco Franz Tichy y muchos otros antropólogos germanos.

Menciono el caso de Kirchhoff no sólo porque él fue el último mexicanista decimonónico en orientación y tradición académica; él mismo solía

20 El arqueólogo Ignacio Rodríguez García, comentario personal.

21 Además de la nacionalidad alemana, también se le revocó su título de doctor, véase *Deutscher Reichsanzeiger*, 19 de junio 1939 y 1º de diciembre 1939.

decir “yo soy un hombre del siglo XIX”. También porque me parece que su vida en México prueba que sólo a condición de un compromiso sostenido de docencia e investigación se puede tener una influencia prolongada y decisiva sobre las tradiciones locales. Esto ha sido especialmente importante, me parece, en los tiempos en que se formaba y se transformaba esta tradición. Al contrario de Boas, quien tuvo deseos de regresar a México pero nunca lo hizo, Kirchhoff se quedó y, para bien o para mal, principalmente a sus esfuerzos se debió un paradigma que prevaleció medio siglo en la antropología de México. En el decenio de 1940 los anarquistas y difusionistas Georges Engerrand y Paul Kirchhoff impartieron conjuntamente algunos cursos en la Escuela de Verano de la Universidad Nacional. Pero mientras el testimonio de los alumnos de Kirchhoff es elocuente, en la historia de la antropología de México Engerrand parece ser un desconocido (Rutsch 2010).

A manera de conclusión

A la pregunta qué influencia tuvieron en la antropología mexicana aquellos extranjeros cuya actividad resumimos arriba, la respuesta no es simple. Menos todavía si esta pregunta se formula en términos de la construcción de la nación mexicana y del desarrollo de la antropología en México. En principio, en cuanto a la antropología como disciplina y su relación con la política del país como nación moderna, diversos autores han revelado la importancia de la antropología en general y, en particular, de la arqueología para el Estado porfirista así como para el carácter nacionalista del Estado posrevolucionario. En cuanto al primero, ésta puede medirse “objetivamente” en las cifras del presupuesto otorgado a la reconstrucción de Teotihuacan en vísperas del primer centenario de la independencia que he analizado en otra parte (Rutsch 2007). Aquí sólo anoto que las cantidades fueron tan cuantiosas que, por ejemplo, la investigadora Pilar Iracheta (1998: 8) encuentra que se dedicó más de medio millón de pesos de la época al sitio mencionado. Esto es un indicador de la conciencia en los círculos políticos sobre la importancia y la consecuente conservación de la memoria prehispánica pues, como ya decía Justo Sierra, ésta se vuelve fundamental para la imagen de México ante el mundo así como en su imaginario de nación.

En este marco, los estudiosos extranjeros cuya labor ligada a la antropología reseñé brevemente aquí, de ninguna manera los únicos (si bien

todos de origen alemán), contribuyeron, de una manera u otra, a la forja de esta imagen y este imaginario. A pesar de sus estafas, Waldeck lo hizo mediante la difusión amplia y, como escribe Díaz Perera, “circense” de las ruinas mayas en Europa, difusión que alcanzó al público en general, no sólo a las clases eruditas, y mantuvo el interés por el país y su pasado. En este contexto y aunque controvertida, su ilustración de la primera publicación del Museo Nacional también fue significativa en el país.

En el ámbito de la fotografía, así como el conocimiento de estas mismas ruinas mayas, la contribución de Teobert Maler a la imagen, tanto del México indígena como del burgués y mestizo, está fuera de toda duda; sus juicios fotográficos que retratan la grandeza y dignidad indígena de su época además de su pasado remoto, fueron quizá lo más valioso de su legado. No puede negarse el aporte de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas a la antropología del país y, como vimos, sobre todo a la arqueología. Puede ser polémico el actuar de antropólogos ligados a esta institución, así como los aspectos geopolíticos más amplios de esta empresa; no obstante, es cierto que esta institución formó también alumnos mexicanos y no sólo contribuyó a la antropología de México sino a la del continente americano.

El último antropólogo decimonónico alemán que actuó en México dejó sin duda una honda huella conceptual en la antropología del país. Si bien, desde el punto de vista político y teórico, este concepto es controversial, habrá que reconocer y explicar el éxito asombroso de “Mesoamérica” en la antropología de México junto con sus implicaciones políticas, que duró al menos medio siglo. Éstas evidentemente y en primer lugar se refieren al hecho de que tal concepto logró “superar los regionalismos y los particularismos de un mosaico de pueblos con una extensa gama de características y grados de desarrollo, lo cual impedía ver el conjunto” (García Mora 1997), y contribuyó así a lo que ha sido la debacle del Estado moderno, esto es, la integración sociopolítica nacional. Ante los recientes reclamos por autonomía y las críticas al carácter autoritario de esta integración, acaso tendrá razón Claudio Lomnitz (2005) quien postula el agotamiento actual del carácter nacional de la antropología en México.

Bibliografía

- AGUILAR OCHOA, Arturo (2000): "La influencia de los artistas viajeros en la litografía mexicana, 1837-1849". En: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM*, XXII, 076, pp. 113-142.
- AZUELA, Luz Fernanda (2005): *De las minas al laboratorio: la demarcación de la geología en la Escuela Nacional de Ingenieros (1795-1895)*. Col. Geografía para el Siglo XXI, Serie Libros de Investigación. México, D.F.: Instituto de Geografía-Facultad de Ingeniería/ Universidad Nacional Autónoma de México.
- BÁRCENA, Mariano (1885): *Tratado de geología, elementos aplicables a la agricultura*. Edición de la Secretaría de Fomento. México, D.F.: Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento.
- BERNAL, Ignacio (1979): *Historia de la arqueología en México*. México, D.F.: Porrúa.
- BOAS, Franz (1912): "Archaeological investigations in the Valley of Mexico by the International School 1911-12". En: *XVIII International Congress of Americanists*. London, pp. 176-179.
- BRUNHOUSE, Robert L. (1989): *En busca de los mayas: los primeros arqueólogos*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- COE, Michael D. (1995): *El desciframiento de los glifos mayas*. Traducción de Jorge Ferreiro. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- DÍAZ DE ARCE, Norbert (2001): "'Im Grunde bin ich ein unpolitischer Mensch, der nur seiner wissenschaftlichen Tätigkeit nachgeht'. Der Fall Krickeberg". En: Wolff, Gregor (ed.): *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personalien und Institutionen*. Berlin: Wissenschaftlicher Verlag, pp. 163-195.
- (2003): "Die Loubat-Professur-Stiftung in Berlin". Manuscrito proporcionado por el autor.
- DÍAZ PERERA, Miguel Angel (2008): *De viajeros y coleccionistas de antigüedades, Frédéric Waldeck en México. Historia, origen y naturaleza del hombre americano en los albores de la modernidad*. Tesis doctoral en Historia. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- DUERR, Hans Peter (1985): *Traumzeit. Über die Grenze zwischen Wildnis und Zivilisation*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- EDISON, Paul N. (1999): *Latinizing America: the French Scientific Study of Mexico, 1830-1930*. Ann Arbor: UMI Dissertation Services.
- ENGERRAND, Jorge/URBINA, Fernando (1908-1909): "Las ciencias antropológicas en Europa, en los Estados Unidos y en la América Latina". En: *Société Scientifique "Antonio Alzate"*. Tomo 27, pp. 81-123.
- GAMIO, Manuel (1912): "Arqueología de Atzacapotzalco, D.F., México". En: *XVIII International Congress of Americanists*. London, pp. 180-186.
- GARCÍA MORA, Carlos (1979): "Paul Kirchhoff, el instigador". En: *Antropología y marxismo*, 1, pp. 7-10.
- (1997): "Mesoamérica: ¿Concepto prescindible? (Comentario a la crítica escrita por el arqueólogo Ignacio Rodríguez García)". En: <<http://carlosgarciamoraetnologo.blogspot.com/search/label/historia%20de%20la%20antropolog%C3%ADa>> (09.05.2011).

- GERBI, Antonello (1993): *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900*. Traducción de Antonio Alatorre. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- IRACHETA CENECORTA, María del Pilar (1998): "La otra historia de la exploración de Teotihuacan". En: *Revista Expresión Antropológica*, nueva época, 7, pp. 7-21.
- KIRCHHOFF, Paul (2000 [1943]): "Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales". En: *Dimensión antropológica*, 19, <<http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1031>> (09.05.2011). Reimpresión del artículo publicado originalmente en: *Acta Americana. Revista de la Sociedad Interamericana de Antropología y Geografía*, I, 1, pp. 92-107.
- LEYSINGER, Claudine (2006): "'Science Has No Nationality': Cultural Patrimony and National Identity". Ponencia presentada en: *XII Reunión de historiadores mexicanos, estadounidenses y canadienses*, panel 14 "Frontiers of Knowledge III", Vancouver.
- (2008) *Collecting Images of Mexico: A Polychromatic View Through the Lens of Teobert Maler, 1860–1910*. Tesis doctoral. New York: Columbia University.
- LOMNITZ, Claudio (2005): "Bordering on Anthropology. Dialectics of a National Tradition in Mexico". En: De L'Estoile, Benoit/Neiburg, Federico/Sygaud, Lygia (eds.): *Empires, Nations and Natives. Anthropology and State-making*. Durham/London: Duke University Press, pp. 167-196.
- LÓPEZ AGUILAR, Fernando (2000): "En la mirada del arqueólogo, una Mesoamérica ciega (entre mesoamericanistas te veas)". En: *Revista Dimensión Antropológica*, año 7, 19, pp. 97-119.
- LÓPEZ BELTRÁN, Carlos/VERGARA-SILVA, Francisco (s. f.): "Genómica nacional. La creación del genoma del mestizo mexicano". Manuscrito en prensa, proporcionado por los autores. México, D.F.
- LOZOYA LEGORRETA, Xavier (1984): *La real expedición científica a Nueva España (1787-1803)*. Barcelona: Serbal.
- LYMAN, R. Lee/O'BRIEN, Michael/DUNNELL, Robert C. (eds.) (1997): *Americanist Culture History. Fundamentals of time, space and form*. New York/London: Plenum Press.
- MALER, Teobert (2006 [1885]): *Sobre el Estado de Chiapas*. Reeditado por Mechthild Rutsch, con una introducción de Claudine Leysinger. México, D.F.: Conacyt/Universidad Nacional Autónoma de México.
- (1883): "Mémoire sur l'état de Chiapa (Mexique)". En: *Revue d'ethnographie*. Tomo II, pp. 295-342.
- MASON, John A. (1943): "Franz Boas as an archaeologist". En: *American Anthropologist*, 45, pp. 58-66.
- OCAMPO CARAPIA, Jorge A. (2001): *Historia de la Biología. Los precursores de la botánica mexicana del siglo XX*. Tesis doctoral en Humanidades (Historia y Filosofía de la Ciencia). México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- PRICE, David (2009): "Faking Scholarship: Domestic Propaganda and the Republication of the Counterinsurgency Field Manual". En: Network of Concerned Anthropologists (ed.): *The Counter-Counterinsurgency Manual, or Notes on Demilitarizing American Society*. Chicago: Prickly Paradigm Press.
- REICHE, Karl Friedrich (1927 [1913]): *Elementos de botánica; arreglados para la enseñanza agrícola, forestal, secundaria y normal de México. Una introducción en la flora de la República*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública.

- REICHE, Carlos (1926): *Flora Excursoria en el Valle Central de México*. México, D.F.: Talleres Gráficos de la Nación.
- (2010): *Flora De Chile*. Tomo 2 (Spanish Edition). Charleston: Nabu Press (edición escaneada del original).
- RODRÍGUEZ GARCÍA, Ignacio (2000): “Mesoamérica, ese oscuro objeto del deseo”. En: *Revista Dimensión Antropológica*, año 7, 19, pp. 47-53.
- RUTSCH, Mechthild (2007): *Entre el campo y el gabinete. Nacionales y extranjeros en la profesionalización de la antropología mexicana. 1877-1920*. México, D.F.: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México.
- (2010): “‘Vivir de una vida nueva’: Jorge Engerrand (1877-1961) entre la antropología mexicana y estadounidense de principios del siglo xx”. En: *Nueva Antropología*, XXIII, 73, pp. 147-169.
- SAADE, Marta (2009): *El mestizo no es “de color”. Ciencia y política pública mestizófilas, (México, 1920 – 1940)*. Tesis doctoral en Historia. México, D.F.: Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- SALAZAR ANAYA, Delia (2006) “Xenofilia de élite: los franceses en la Ciudad de México durante el Porfiriato”. En: Salazar, Delia (coord.): *Xenofobia y xenofilia en la historia de México. Siglos XIX y XX*. Homenaje a Moisés González Navarro. México, D.F.: Secretaría de Gobernación/Instituto Nacional de Migración/Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- TRABULSE, Elías (1985): *Historia de la ciencia en México. Estudios y textos, siglo XVIII*. México, D.F.: Conacyt/Fondo de Cultura Económica.
- VÁZQUEZ LEÓN, Luis (2000): “Graebner y la estructura teórica subyacente en la Mesomérica de Kirchhoff”. En: *Revista Dimensión Antropológica*, año 7, 19, pp. 167-190.
- WILLEY, Gordon R./SABLOFF, Jeremy A. (1974): *A History of American Archaeology*. London: Thames & Hudson.